

Javier Menéndez Flores

Madrid

SI

FUE

UNA

Fiesta

La Movida,
y mucho más,
de la A a la Z

LIBROS CÚPULA

Javier Menéndez Flores

Madrid
SI FUE UNA
FIESTA

La Movida,
y mucho más,
de la A a la Z

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Javier Menéndez Flores, 2021

Primera edición: noviembre de 2021

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2744-5

D. L.: B. 5.771-2020

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Y MADRID SE PASÓ AL COLOR	11
NOTA ACLARATORIA	15
La Movidá, y mucho más, de la A a la Z	17
QUÉ QUEDA DE LA(S) MOVIDA(S)	489
AGRADECIMIENTOS	491
FUENTES	493
ÍNDICE DE ENTRADAS	496

Y Madrid se pasó al color

En España, la llegada de la democracia, sucesora necesaria de casi cuarenta años de dictadura, de represión, de oscurantismo, de mierda, tuvo el efecto de mil primaveras e hizo que la gente saliera de su letargo y comenzara a tomar las calles para bailar, beber, volar, follar, vivir. Madrid se convirtió en el centro neurálgico de aquella gran fiesta colectiva, una suerte de «frivolocracia» que, como su nombre indica, estuvo caracterizada por el gobierno del placer y de la risa. Y entre esa marea humana que conquistó plazas, parques, bares, discotecas y salas de conciertos, que hizo de la calle su cuarto de estar, una serie de artistas de distintas disciplinas coincidieron y conformaron un ambiente lúdico/cultural que fue bautizado como Movida.

Aquello ocurrió de manera puramente espontánea, sin que mediara proyecto alguno. Y esa falta de planificación desmonta la teoría, pese a la evidente paradoja, de que la Movida fuese un movimiento: a diferencia del arte pop o la *Nouvelle vague*, no existieron un propósito artístico ni una corriente intelectual concretos.

Mientras salían cada noche, aquellos aspirantes a estrella intentaban poner algo, bien fuera una canción, una película, un libro, una pintura o un traje, a salvo de la muerte. Pero casi siempre desde una perspectiva individualista, sin conciencia de grupo. Porque ni

siquiera la hubo entre las bandas musicales, en las que, salvo contadas excepciones, cada integrante trataba de erigir su propia estatua.

Respecto al debate nunca cerrado —o cerrado en falso— de quiénes fueron sus miembros de derecho y quiénes simplemente pasaban por allí, se ha definido a la Movida como la consecuencia, no sé si lógica, de la Nueva Ola, o esta la antesala de aquella, pero por más que esa aseveración tenga fundamento y quizá fuera así en su origen, aquel no-movimiento desembocó enseguida en algo mucho más ancho, más largo y más hondo. Puesto que cuando una inmensa olla a presión explota, provoca una onda expansiva considerable. Y limitar entonces ese estallido de libertad/creatividad a una élite eminentemente musical e influenciada por la *new wave* y el punk anglosajones no parece ser exacto ni justo.

Los pelos de colores y las chupas de cuero con tachuelas, que sí fueron Nueva Ola, eran una rama gruesa y harto vistosa de un tronco con más brazos; un símbolo que da de puta madre en las fotos y vende mejor aquel período, que mola un huevo, pero que, a pesar de su importancia, en modo alguno constituyó su totalidad, más amplia y plural.

La cita de Pedro Almodóvar que abre este libro no solo explica a la perfección la actitud de quienes, como él, contribuyeron a *construir* ese fenómeno, sino que el cineasta reconoció tanto la ausencia de un sentimiento solidario generacional como el hecho de que en Madrid, en aquellos años de efervescencia e ilusión, desfilaron otras «muchas personas» fuera de los círculos —limitados, por definición— que él frecuentó.

Dando por bueno ese análisis, el presente volumen, concebido como un diccionario enciclopédico, trasciende los contornos canónicos de la Movida y de quienes ostentan el papel de vacas sagradas de aquel tinglado y, sin olvidarlos, por supuesto, agranda el perímetro. De tal forma que recoge los nombres de otros muchos que también estuvieron allí y relata esas *otras movidas* que sucedieron mientras la que ha pasado a ser la oficial se desarrollaba. Ya que aquello, insisto, fue un fenómeno social transversal. Un cuerpo que, al serle retirado un corsé que lo asfixió durante demasiado tiempo,

se propagó con la fuerza del agua salvaje que es liberada de un dique.

Cantantes melódicos, *heavies*, cantautores despolitizados, vocalistas guaperas para el consumo adolescente, flamencos sacrílegos con la tradición, actores de distintas escuelas, cineastas de lo marginal y otros personajes inclasificables han sido casi siempre excluidos de la Movida por los puristas con el argumento de que, en rigor, *no pertenecieron* a ella. Sea o no cierto, lo que no admite duda es que todos ellos respiraron el mismo aire de cambio que la tribu de los «modernos» y aportaron sus vivencias y talento a la escena artística del país en ese momento histórico, además de hacer feliz a mucha gente, y solo por ello merecen entrar en una foto —este libro— que con ellos gana en diversidad y colorido y resulta menos sectaria.

He incluido también títulos de canciones que llegaron para quedarse, y de películas y programas de televisión que por su audacia y valentía marcaron aquella época. Y nombres de diarios y revistas, de periodistas de la cosa, de bares, salas de conciertos y hasta de algunos políticos que, directa o indirectamente, tuvieron algo que ver con la génesis o el desarrollo de la Movida, así como los usos y costumbres de la alegre fauna noctámbula (el sexo urgente y el consumo de drogas extrafuertes, y los lugares donde se ejercitaban).

Del mismo modo, he recogido unos pocos nombres de solistas, grupos, actores y artistas extranjeros que, sin estar allí, formaron parte de ese festival de vida. Me explico: Bowie, Lou Reed, Joe Dallesandro, Ramones, Warhol y Sex Pistols, por citar solo algunos, no patearon las calles de Madrid ni calentaron las barras de sus bares en los primeros ochenta —Reed y Ramones actuaron en el foro en esos años, y Warhol hizo una visita relámpago, pero esa es otra historia—, a pesar de lo cual su influencia en muchos de los actores de ese fenómeno fue decisiva. Es decir, que todos ellos, sin pretenderlo, fueron también Movida.

En el transcurso de mi caminar periodístico he tenido el privilegio de charlar con algunos de los artistas incluidos en estas páginas. Las declaraciones que recojo sobre distintos asuntos ayudan a entenderlos mejor y, vistas en su conjunto, ofrecen una valiosa información acerca

de los temas capitales que aquí se tratan, ya sea el propio concepto de «movida», la música, el cine o las ineludibles drogas, que lejos de ser meros actores de reparto influyeron notablemente en el curso de los acontecimientos.

¿Hay ausencias? Seguro que sí. ¿Sobran nombres? Algunos podrán pensar que así es. Pero un libro, hasta que se publica, es de quien lo escribe, y esta es mi quiniela, señores.

Sí que parece haber consenso respecto a que esa *dolce vita* ha de encuadrarse entre el final de los setenta y el ecuador de los ochenta. Es decir, que nació con la Constitución de 1978 y su pegada alcanzó hasta 1985 o 1986, que es cuando sus protagonistas, muertos aparte, dejaron de salir tanto y se dedicaron a cuestiones más productivas, como trabajar y ganar dinero. En *Madrid sí fue una fiesta* he tratado de respetar ese arco temporal, si bien en algunos casos le he arañado uno o dos años a esa década. No más, porque los últimos ochenta, aunque locos aún, loquísimos, fueron ya la resaca de aquel fiestón, su eco descolorido. No obstante, en muchas de las entradas no me limito a hablar de la actividad del artista *durante* la Movida, sino que hago un repaso de toda su carrera.

Los lectores más leídos ya sabrán que el título que he elegido le debe demasiado a aquel *París era una fiesta* de Ernest Hemingway, pero es que no se me ocurría enunciado más exacto para describir lo que Madrid fue, o dicen que fue, en los años de esa Movida elogiada y cuestionada a partes iguales.

No puedo dejar de hacer un último apunte. La mayoría de los libros que existen sobre la Movida son celebrantes o revisionistas, fruto de filias, fobias, intereses personales y cuentas pendientes. A este —por la parte que le toca, pues como ya he señalado engloba otros alientos artísticos surgidos igualmente de entre aquel desmelene general— no le mueve otro afán que el de informar y, si acaso, divertir.

Y ahora, sin más, les invito a que vivan conmigo esta —aquella— fiesta. Ojalá no se acabe nunca el champán, o la birra, ni salga jamás el sol.

JAVIER MENÉNDEZ FLORES

Junio de 2021

Nota aclaratoria

El contenido de este libro sigue un orden alfabético. Podría haber realizado una clasificación temática —música, cine, pintura, fotografía, moda, periodismo, política, etcétera—, pero, tras darle no pocas vueltas, decidí que era mejor que todos los nombres de personas, grupos, lugares y cosas estuvieran juntos y revueltos, ya que así, deliciosamente anárquicos, fue como lo estuvieron en aquellos locos años de los que se ocupan estas páginas.

Que el pintor Miquel Barceló esté *emparedado* entre la canción de Mecano «Barco a Venus» y el grupo *heavy* Barón Rojo; que el cantautor Hilario Camacho lo esté entre el político Leopoldo Calvo-Sotelo, segundo presidente de nuestra democracia, y el cantautor Camarón de la Isla, y que a Paco de Lucía lo preceda Paco Clavel y lo suceda el poeta Leopoldo María Panero no deja de tener su gracia. Pero es que, ya digo, aquellos días fueron así: un *totum revolutum* en el que todo y todos tuvieron cabida.

A algunos lectores les chocará que ciertos personajes aparezcan en la letra de su nombre y no en la de su apellido, pero eso tiene una sencilla explicación: cuando los nombres de personas no son aquellos con los que nacieron, sino una derivación de estos o bien nombres artísticos, he optado en muchos casos por esa fórmula. De ese modo, David Bowie, cuyo verdadero nombre era David Ro-

bert Jones, y Ana Belén, bautizada María del Pilar Cuesta, figuran, respectivamente, en la D y en la A.

Por último, y en cuanto a las fuentes consultadas, he escuchado todas las canciones incluidas en el libro y la mayor parte de los discos, y he visto todas las películas citadas. Al ser tan numerosos no figuran en ese apéndice, pero aclarado queda.

J. M. F.

**La Movida,
y mucho más,
de la A a la Z**

A

ABITBOL, Rafael. Fue uno de los locutores y programadores de la radio musical independiente más populares y respetados de los primeros ochenta. Empezó su carrera radiofónica a mediados de los setenta en Onda 2 (Radio España FM), donde presentó los programas *Champú, peine y brillantina*, sobre los orígenes del pop/rock, y *Dinamita*, un espacio dedicado a la emergente Nueva Ola. Se mudó a Radio Nacional de España y allí estuvo al frente de distintos programas en Radio 1 —*La Hora Pop, Grandes del Pop, Música sin Fronteras*— y en Radio 3, donde su *Rock 3* se hizo muy célebre.

Destacó también como productor musical de algunos de los más representativos artistas de la Movida. Se ocupó del primer sencillo de Rubi y los Casinos, *Yo tenía un novio (que tocaba en un conjunto «beat»)*, publicado en 1981, y, junto con Nacho Cano, de los dos primeros álbumes de La Unión, *Mil siluetas* (1984) y *Maldito viento* (1985), además de ser el productor ejecutivo del tercero, *4x4* (1987). También produjo los dos primeros discos de la banda mod madrileña Los Elegantes, *Ponte ya a bailar!* (1984) y *Paso a paso* (1985), y, con Javier Morant, la ópera prima de los valencianos Armas Blancas, de título homónimo.

ACADEMIA. Nacida de las cenizas de Academia Parabiüten, que dejó un miniálbum, *Las cosas claras* (1985), esta efímera banda de

rock, integrada por Javier Benavente (voz), el ex-Tequila Julián Infante (guitarra), Miguel Ángel Caballero (batería) y Mario González (bajo), publicó un único disco, *Esas chicas* (1986), antes de separarse. Ese trabajo incluía una versión del «Rebel Rebel» de Bowie bajo el título «Rebeldía». Se extrajeron dos sencillos, *Jinetes en la noche* (1986) y *Cuando me golpea* (1987). **Véase Infante, Julián.**

AEROLÍNEAS FEDERALES. Esta banda, originaria de Vigo y vinculada a la Moviada viguesa, se formó a finales de 1981. Sus integrantes se adornaron con nombres de guerra: Miguel Costas Peón, *New Border*; Silvino Díaz Carreras, *Bollito Singerman*; Juan Dotras, *Federico Flechini*; Luis Santamaría Rodríguez, *Dona Sangre*. Más tarde se incorporaron dos coristas, Coral Alonso y Rosa Costas, la hermana de Miguel —miembro fundador de Siniestro Total y uno de los compositores—, y al poco abandonó el grupo el vocalista, Flechi, para montar por su cuenta Las Termitas, por lo que Aerolíneas quedó configurado como un quinteto.

Publicaron su primer disco, el festivo *Aerolíneas Federales*, en 1986, esto es, en la tardomoviada, y se extrajeron tres sencillos, *No me beses en los labios*, *Ahora soy feliz* y *Soy una punk*. Tanto esos temas que les dieron título como los que ocuparon las respectivas caras B, «No sé ligar», «Vacaciones»/«Soy fea» y «Solo quiero divertirme», eran pegadizos y sonaron mucho en esa época. Sobre todo, «No me beses en los labios» («*No me beses en los labios, / ¿no ves que me haces daño? / Tengo un calenturón / que me duele un montón*»), un clásico.

En los ochenta publicaron otros tres discos, *Hop hop* (1987), *Tomando tierra* (1988) y *Échame sifón* (1989). Se separaron en 1991, tras la edición de *Una o ninguna*.

AGRIMENSOR K. Ya el nombre, inspirado en Kafka, revelaba la vocación experimental y en absoluto apta para el gran público de esta banda donostiarra de post-punk y rock gótico que se formó en 1981 al calor de las enseñanzas de Joy Division, The Cure y Bauhaus. Sus miembros primigenios fueron Nacho Fernández Goberna (guitarra), Ignacio Valencia de Asas (voz y bajo), José Manuel Gandásegui (batería) y Juan José Murlanch (teclados), quienes en 1982

registraron el disco sencillo *Principio y fin*. Un año después, Gubern y Valencia grabaron íntegramente el *single* *¿Juegas al escondite?* Esos dos músicos cerraron Agrimensor K por derribo y crearon La Dama se Esconde, grupo que eligió una senda más comercial y se ganó fieles seguidores desde sus primeros trabajos. **Véase Dama se Esconde, La.**

«**AIRE SOY**». Canción de Miguel Bosé y Riccardo Giagni, que se incluyó en el disco de estudio *Salamandra* (1986). Salió como sencillo tras la publicación del álbum. Se rodó un vídeo oficial en el que un Miguel con coleta y de negro riguroso mezcla danza y toreo de salón mientras se alternan imágenes en blanco y negro de su padre, el matador Luis Miguel Dominguín, en plena faena. Salen rincones míticos de Madrid, como el Edificio Metrópolis, en la confluencia de las calles Alcalá y Gran Vía; la Cervecería Alemana de la plaza de Santa Ana; la cervecería Viva Madrid, en las inmediaciones de esa plaza, y el hotel Palace. «Aire soy» es un temazo que forma parte de un disco elegante y alejado del pop que se grababa en España en aquellos años. **Véase Bosé, Miguel.**

ALARMA!!! La fecha exacta de su nacimiento no está clara, en algún momento entre 1981 y 1983. Lo que sí lo está es que entra en el grupo selecto de las mejores formaciones de rock que ha habido jamás en España. Sus integrantes fueron Manolo Tena (voz y bajo), Jaime Asúa (guitarra) y José Manuel Díez (batería).

Influenciados por el *after-punk* y el reggae, pero con un sonido netamente rock, su gran parecido con The Police, que a Manolo le gustaban demasiado, era innegable, aunque ellos tenían un carácter callejero, barrial, macarra, y sus canciones estaban habitadas por personajes marginales, carne de lumpen, lo que indicaba que Lou Reed también los influyó (a Manolo Tena, al menos, ya que era él quien se ocupaba de los textos).

La gravedad de la voz de Manolo y sus letras, muy superiores a las de la mayoría de los grupos de la Nueva Ola/Movida, junto a la rabiosa guitarra de Asúa, los convirtieron en un producto de alta calidad, como demostraron los dos magníficos álbumes que publicaron,

Alarma (1984) y *En el lado oscuro* (1985), solo que en unas coordenadas alejadas de lo que entonces marcaba tendencia. Como el propio Tena declaró muchas veces, se adelantaron a su tiempo y les costó encontrar encaje en el panorama musical que les tocó vivir: eran demasiado *heavies* para los modernos y demasiados modernos para los *heavies*. En la biografía de Manolo Tena que publicó la Fundación Autor en 1998, el artista hizo las siguientes consideraciones sobre el porqué del ¿fracaso? de ese grupo:

Nuestro trabajo fue absolutamente digno. A mí me gustaba decir que no éramos como José Luis López Vázquez, que ha hecho películas con gente tan diferente como Antonio Ozores o Saura, sino que solo hacíamos las de Saura. Nos había costado pasar mucha hambre llegar hasta allí, pero éramos felices siguiendo esa línea. Los planteamientos artísticos de *Alarma!!!* estaban alejados de los circuitos comerciales establecidos por entonces. No teníamos aspiraciones comercialoides y eso era una dificultad añadida; nos costaba subir más que a otros grupos. En cada canción nos dejábamos mucho tiempo y mucha materia gris, sin concesiones de ningún tipo. Éramos lo más auténticos que podíamos ser. Hacíamos buen rocanrol y no pastillas de sopicaldo. Nuestras letras tenían trasfondo, estaban de parte del perdedor y del oprimido, y, al tener trasfondo, había determinados medios que te rechazaban porque eligen letras inanes e intrascendentes. Pero ellos no pueden impedir que la gente se busque la vida para encontrar ese material que les interesa.

En 1986, tras diferencias irreconciliables entre Tena y Asúa e incluso una pelea —física, a hostia sucia— de por medio, el grupo se disolvió para siempre. Pero ahí quedan un puñado de canciones indelebles —«Para ti», «Mentiras», «Tu amor», «Lola», «Reina del neón», «Preparado para el rock 'n' roll», «Frío», «Marilyn»— que aún suenan como recién paridas.

Tuve ocasión de hablar muchas veces con Manolo sobre *Alarma!!!* y otros demonios, y aquí recojo algunas de las cosas que me dijo:

Creo que en Cucharada aprendí mucho de teatro y de ideología, y que en *Alarma!!!* aprendí música. Aprendí a respetar el silencio. A callar cuando tocaba el otro. A saber que tres minutos dan para

hacer sinfonías... A saber que una canción nunca está acabada, que se puede retocar y retocar, mil veces, para embellecer las partes. Tengo un recuerdo de mi época de Alarma!!! en el que retocaba en el mismo estudio, mientras las grababa, palabras que sonaban mal de «Reina del neón» o de «Marilyn». Y esa experiencia me ha enseñado mucho. Ahora, al oír una canción enseguida sé lo que le sobra y lo que le falta. Alarma!!! fue una experiencia artística muy creativa.

Las razones que me dio para no retomar aquel grupo, aquella senda más intimista y oscura de sus primeros trabajos, fueron estas:

Si yo no tuviera tantos proyectos e ideas bulléndome en la cabeza, es posible que nos juntáramos y tocásemos. Pero a lo mejor a mí no me gustaría ya el sonido de bajo que tenía entonces y Asúa no tendría el mismo sonido de guitarra. Los tiempos van para adelante. Aquello estuvo bien mientras duró, pero ahora me veo haciendo otras cosas. Si hoy nos juntásemos sería para hacer algo diferente, y entonces ya no seríamos los mismos.

Enorme trío, insisto. De diez. Una joya. Una pena. **Véanse Asúa, Jaime; Cucharada y Tena, Manolo.**

ALASKA (Ciudad de México, 1963). Desde muy joven, apenas una adolescente, Olvido Gara, cuyo nombre era lo suficientemente exótico como para no necesitar de un alias, se propuso ser distinta. Ir a la contra y no pasar nunca desapercibida, ni siquiera al ir a comprar el pan. Eso es algo que no solo ha conseguido de sobra, sino que ha ido mucho más allá: si en sus primeros años lo fue gracias a su imagen —al verla era imposible no abrir mucho los ojos y volverse a su paso—, desde hace ya demasiado tiempo lo es por su personalidad, que es aquello que distingue a los singulares del resto.

El emblema más reconocible de Kaka de Luxe, los Pegamoides, Dinarama y Fangoria ha tenido la habilidad de rodearse siempre de gente de gran talento artístico —con Carlos Berlanga y Nacho Canut a la cabeza— y, subida a esa escoba, conquistar los cielos. Como personaje no tiene parangón, pues podría aplicársele aquella frase apócrifa

fa sobre la eterna Lola Flores: «No canta, no baila... no se la pierdan». Porque al igual que aquel ciclón que fue la Faraona, los mayores talentos de Alaska son su olfato, su coraje y su puesta en escena, por ese orden. Su inteligencia artística, en suma.

Fue punk de libro cuando tocaba serlo, con los Ramones en la cúspide de su altar mayor de deidades paganas, y más tarde, influenciada por el post-punk en general y por Siouxsie and the Banshees en particular, siniestra o gótica. Pero desde hace una eternidad es simplemente Alaska, que es tanto como decir que su estilo es ella misma, y he ahí el colmo de la elegancia. Hablo de una mujer que siempre ha estado de moda porque ha desoído con rotundidad el tiránico dictado de las modas. O dicho de otro modo: su actualidad es constante, puesto que la modernidad consiste en ser insistentemente tú y en que la gente te respete o te admire, o ambas cosas, por ello.

Siempre entre la música y la televisión, entre el arte y el espectáculo, entre la simpatía sincera, el verbo elocuente y el hacer caja —porque aquí no estamos para tonterías, bonita—, ha sobrevivido a casi todos sus coetáneos por su increíble adaptación al medio y a los medios: muy pocos han sabido entender tan bien como ella el complejísimo negocio del *show business*.

Icono superlativo de la Nueva Ola/Movida, tuvo estrecha relación con el resto de astros de aquel período o fue directamente su musa y, cual vampira insaciable, de todos ellos supo extraer algo de provecho que llevarse al *territorio Alaska*.

Otro de sus grandes aciertos ha sido el de tener muy claro que ningún placer/vicio es superior al de respirar; al de seguir formando parte de este maravilloso valle de lágrimas. Por eso, muchos de sus amigos y colegas ya hace tiempo que se desintegraron mientras que ella continúa en el escaparate, y tan fresca.

La he entrevistado varias veces, sola o acompañada de Nacho Canut. En una de esas charlas, muy lejana pero aún vigente —cuando quien suscribe firmaba para la *Guía del Ocio* de Madrid crónicas de noche y entrevistas bajo el seudónimo de *Flash*—, le dije: «Sácanos de dudas: ¿la Movida madrileña existió?», y su respuesta fue:

Existió un momento, en una ciudad, en donde, para ser sinceros, había cien personas, cincuenta interesantes y cincuenta no, y cuatro bares horribles. Pero no había otros sitios a los que ir y, sobre todo, muchas ganas de hacer cosas, y se hacían. Eso es todo. No hubo ningún planteamiento previo ni visión de futuro alguna.

Esas pocas líneas describen de un modo taxativo lo que la *Movida* fue para, al menos, una parte de sus protagonistas, los de los pelos cardados y/o de colores y las chupas de cuero.

Dado que ella fue una de las primeras punkis españolas, quise saber si llegó a creerse alguna vez la máxima «No hay futuro» y me contestó, franca:

No lo pensé demasiado. Gracias a Dios era demasiado pequeña. Teorizan los de treinta años, y yo tenía catorce. Aunque te diré que sentía más cercano lo de los quince minutos de fama de Warhol.

En otra entrevista que le hice, en este caso para *Interviú*, no en nuestro común Madrid —ella nació en México pero es tan madrileña como la Cibeles— sino en San Sebastián, donde coincidimos con motivo del festival de Cine Fantástico y de Terror, al que acudió en calidad de invitada estrella y fan del género, me regaló suculentas declaraciones que ofrecen una valiosa información sobre ella y la retratan con fidelidad.

Acerca del personaje y la persona:

No existe conflicto Alaska/Olvido Gara. Alaska no es un personaje que tenga vida propia, ni siquiera una personalidad mínimamente diferente. Yo ese nombre lo saqué de una canción de Lou Reed cuando tenía doce años, y nunca habrá en mí esa necesidad de superar al personaje. Y te puedo asegurar que he sido siempre mayor, ese es mi problema. Nunca tuve catorce años, tenía treinta mentalmente. Me niego a etiquetarme. Vi *La matanza de Texas* a la vez que escuchaba los discos de los Ramones. De hecho, me empezaron a gustar los Ramones porque tenían una canción que hablaba acerca de *La matanza de Texas*.

Sobre su evolución musical:

Todo está relacionado. Las corrientes musicales siguen existiendo como fenómeno. El punk es, evidentemente, una reliquia. Pero nunca se trató de un movimiento, porque para que alcance dicha categoría debería implicar un dogma y unas leyes de las que no te puedes salir. No es solo una estética, sino un comportamiento. Porque si eres punk no te pueden gustar grupos como Boney M., y me temo que nosotros [Kaka de Luxe primero y Alaska y los Pegamoides después] fuimos desde un principio muy rebeldes ante ese tipo de tonterías. A los catorce años me sentía punk, pero empecé a darme cuenta de que no lo era cuando comenzaron a interesarme otras cosas. Hasta U2, que era un grupo paleta, de provincias, obrero, muy cabeza cuadrada, se vio influenciado por el punk. A finales de los ochenta se dio el fenómeno del acid, que fue tan sonado como el del punk años antes: estético, de comportamiento, de forma de salir de noche, musical...

Acerca de su afán de conocimiento y de su paso tardío por la universidad:

Lo de [ingresar en] la universidad era una de esas cosas meditadas, pero que nunca sabes si van a ser verdad. Yo dejé de estudiar a los catorce años, estando en Kaka de Luxe, porque lo que me resultaba imposible era la doble vida del uniforme de colegio por la mañana y por la tarde ensayar con mi grupo, y que me estuvieran llamando la atención sobre si llevaba las uñas pintadas de colores... Era imposible. Y al mismo tiempo veía a Nacho Canut y a Carlos Berlanga en la universidad, en 1977, y es como cuando ves ahora en la tele imágenes de la Transición, que parecen de los sesenta, y piensas que es imposible que eso sea en 1977, que ya existían los Ramones y Bowie había pasado por el mundo, y aquí toda la gente tan gris... Con los años me hizo gracia aquello del acceso a la universidad para mayores de veinticinco años y pensé que cuando llegara a los veinticinco lo haría, pero no fue hasta los veintiocho cuando lo hice. Antes de comenzar a estudiar Historia, entre los quince y los veintiocho, me pasaba el día leyendo historia medieval y novelas escritas en ese período. Y estoy fascinada con la Edad Media recuperada por los románticos ingleses. Pero la Edad Media real es horrible. De haber vivido en esa época me hubieran quemado seguro. Por puta, por bruja, por rara... Por lo que fuera.

A propósito de la vida nocturna:

España es un país bastante divertido, porque la vida está en la calle. No es como en Alemania. Francia se puede parecer algo más a nuestro país. Es como en Buenos Aires, que a las tantas de la mañana está todo el mundo en la calle. Madrid, por ejemplo, está divertidísima. Quizá vuelve a ocurrir que no hay muchos sitios a los que ir, y que *after hours* solo hay uno. Pero gracias a eso todos nos vemos. Yo puedo salir sola y saber que, si voy a tal sitio, me voy a encontrar con determinadas personas. Y eso hace muchos años que no pasaba. Ahora la gente que está en la calle tiene veinticinco años, y para ellos está todo como para nosotros cuando teníamos esa edad. Y entonces no pensábamos en si un bar estaba abierto porque lo permitía o no el alcalde de la ciudad. Las minorías siempre están desasistidas políticamente. ¿Las noctámbulas? ¿A qué tienes derecho cuando sales por la noche? A que te pegue un portero, a estar en un local en donde no cabes y además no hay ventilación, a que te den alcohol de garrafa... ¿Puedes ir a protestar por estas cosas a algún sitio? No. Es como el que se droga, ¿tiene derecho a ir a protestar porque le han vendido matarratas y le han matado? No. Ha muerto de sobredosis, y ya está.

Desde hace ya muchos años, Alaska comparte su vida y su maquillaje con Mario Vaquerizo, su marido, quien, como ella, ha hecho de su personalidad un negocio: ambos mantienen una sociedad del espectáculo, tan rentable como divertida, basada en ser ellos mismos, que ya hace falta tener talento, ya.

Alaska, en fin, ha hecho siempre lo que le ha salido de la melena cardada y encima le han pagado y le siguen pagando un telón por ello. Cada día está más joven, por decirlo con una sola frase. Enhorabuena, tía. Y a seguir. **Véanse Alaska y Dinarama, Alaska y los Pegamoides y Kaka de Luxe.**

ALASKA Y LOS PEGAMOIDES. Fue el grupo que sucedió a Kaka de Luxe y precedió a Alaska y Dinarama, pero es más representativo de la Nueva Ola/Movida que aquellos, puesto que su sola mención retrotrae nítidamente a una época. Es decir, que el mero nombre de Alaska y los Pegamoides es una suerte de alegoría que

evoca todo eso: la rupturista y salvaje Movidá. La foto a todo color de una página de nuestra historia reciente. El lío post-Transición.

Se formó en 1979 y en su génesis hubo un insólito desfile de miembros, entre los que, aparte de Alaska y del autor del nombre del grupo, Carlos Berlanga, destacaron Manolo Campoamor y Javier Furia —que estaban también en la Orquesta Futurama, germen de Radio Futura—, Javier y Enrique Urquijo —miembros a su vez de Tos, germen de Los Secretos, quienes les echaban una mano, o cuatro, mejor dicho, mientras Nacho Canut cumplía el servicio militar— y el explosivo Poch, también en Ejecutivos Agresivos.

Finalmente, sus integrantes oficiales fueron Alaska (voz y guitarra), Carlos Berlanga (voz, guitarra y coros), Nacho Canut (bajo), Eduardo Benavente (batería) y Ana Curra (teclados).

Editaron un único elepé, *Grandes éxitos* (1982), que incluía catorce temas que oscilaban entre el pop y post-punk, y un año después, cuando ya se habían separado, el sello Hispavox puso en circulación el recopilatorio *Alaska y los Pegamoides* (1983), compuesto de todos los *singles* que habían publicado, a excepción de «Bailando», el mayor éxito del grupo, y «La línea se cortó», que ya habían visto la luz en el álbum de estudio.

Los distintos gustos tuvieron mucho que ver en la ruptura: mientras que Alaska, Benavente y Curra, poderosamente influenciados por grupos como Siouxsie and the Banshees, se adentraron con avidez en el post-punk y el rock gótico, a Berlanga aquella estética siniestra le horrorizaba y seguía fiel a sus clásicos: Bowie, Sex Pistols y, sobre todo, Vainica Doble. Canut andaba entre dos aguas, pero se terminó decantando por la oscuridad y, en 1981, en paralelo a Alaska y los Pegamoides, había formado con Eduardo la banda Parálisis Permanente, a la que se incorporaron los hermanos de ambos.

En diciembre de 1982, Francisco Umbral, en su «Spleen de Madrid» del diario *El País*, una de las páginas más leídas de la prensa nacional de entonces, escribió un artículo/elegía con motivo de la disolución del grupo bajo el título «Los Pegamoides», un lujo al alcance de muy pocos nuevaoleros. Coincidían ahí la admiración que el escritor y columnista sentía por el cineasta Luis García Ber-

langua, el padre de Carlos, con el que mantenía además una buena relación, y la fascinación que ejercían sobre él los nombres estelares de la Movida, esa juventud indómita que roqueaba y escribía con un lenguaje distinto, nuevo. He aquí un fragmento:

Se desagregan Alaska y los Pegamoides. Me duele como si se me fuera mi segunda o tercera juventud. [...] Eran toda una metáfora de la *new wave* española, y no solo musical. Electrónicos y díscolos, le metieron ironía a lo que en otros era contestación violenta. A mí no me querían por ser fan de Ramoncín. Da igual. Ramón ahí sigue. La movida madrileña se va a quedar en nada sin Los Pegamoides. [...] Hace seis años eran Kaka de Luxe. Yo he visto nacer la pegamoidad (que intenté, sin éxito, naturalmente, elevar a la categoría sociológica [...]) en casa de los Berlanga, alto palomar al oeste del edén madrileño y contaminado, cuando el Berlanguita redactaba las letras de las canciones en su buhardilla. 1978. [...] Uno estima que la pegamoidad es más que Los Pegamoides. Algo más. Es una manera de ser, entre infantil y canalla, de las nuevas generaciones irónicas de clase media. [...] Uno ha vivido el horror en el hipermercado, comprando friskis para el gato y whisky para las crónicas, de modo que reconoce a Los Pegamoides como cronistas involuntarios de nuestro tiempo. Ellos seguramente odiarán lo que esto pueda tener de costumbrismo, pero ni Proust pudo escapar a las costumbres de sus marquesas. Cuando el Berlanguita se va, otro toma su guitarra, pero Berlanga era, ante todo, un gran letrista (cultura literaria de papá). Me parece que Costa* tiene mucha razón cuando dice que el grupo buscaba una imagen más dura, y esto provocó el distanciamiento de Carlos. Se empieza en la ironía y se acaba en el crimen (literario), como debe ser. La pegamoidad tenía razón. [...] La pegamoidad no es un invento mío, sino la sempiterna refluorescencia de los niños terribles, anterior y posterior a Cocteau, niños que también están, irónicos y asesinos, en Günter Grass o Ray Bradbury.

Alaska, Berlanga y Canut no lo sabían entonces, pero iban a tardar muy poco en reunirse de nuevo en la decisiva Alaska y Dinarama, tercer peldaño de la chispa surgida en el Rastro madrileño y la más longeva y brillante de las tres formaciones encadenadas.

* José Manuel Costa, crítico musical que en aquel entonces escribía para el diario *El País*.

Benavente, que ya estaba con su novia Ana Curra en Parálisis, tampoco podía imaginar lo que le aguardaba a la vuelta de una curva (ay). **Véanse Alaska; Alaska y Dinarama; Ana Curra; Benavente, Eduardo; Berlanga, Carlos; Canut, Nacho; Kaka de Luxe y Parálisis Permanente.**

ALASKA Y DINARAMA. Tras la separación de Alaska y los Pegamoides, Nacho Canut se concentró en Parálisis Permanente, mientras que Alaska, que comenzó a colaborar con distintas bandas, se llegó a plantear durante cinco minutos iniciar una carrera en solitario. Entretanto, Carlos Berlanga, que se encontraba cumpliendo el servicio militar y que fue quien propició la ruptura de los Pegamoides porque no comulgaba con el giro siniestro que sus compañeros habían tomado, creó Dinarama, con la que se alejaba del post-punk de la última etapa de la anterior formación y volvía al *synth pop*.

Pero todo cambió en un parpadeo. Nacho decidió abandonar Parálisis y unirse a su viejo/joven amigo, y Alaska se les sumaría al poco, lo que motivó que pasaran a llamarse Alaska + Dinarama —con la vocalista como colaboradora—, y poco después Alaska y Dinarama, ya con Alaska como frontispicio.

Con ellos tres como hijos —Alaska (voz solista y maestra de ceremonias), Berlanga (voz y guitarra) y Canut (bajo)— y con Luis Miguelélez como músico contratado desde el segundo álbum y ya hasta el final de la aventura, por ese grupo pasaron distintos músicos: Johnny Canut (batería), Javier de Amezúa (saxo), Toti Árboles (batería), Marcos Mantero (teclados)...

En los años de la Movida alumbraron tres discos de estudio memorables, *Canciones profanas* (1983), *Deseo carnal* (1984) y *No es pecado* (1986), los cuales dejaron temas fundamentales del pop español de siempre; todos ellos compuestos por el mágico tándem Berlanga/Canut: «Perlas ensangrentadas», «Rey del glam» (con Ana Díaz), «Deja de bailar», «Cómo pudiste hacerme esto a mí», «Ni tú ni nadie», «Un hombre de verdad», «¿A quién le importa?». Con posterioridad llegó *Fan fatal* (1989), su canto del cisne.